ANTÍGONAS

CREACIÓN LITERARIA

INS ALELLA

PRIMER Nº

Institut d’Alella

DICIEMBRE, 2023

Manifiesto de ANTÍGONAS

ESTA REVISTA SE HA CREADO CON LA INTENCIÓN DE:

FOMENTAR LA CREATIVIDAD.

Queremos que los nuevos escritores compartan sus ideas más disparatadas y brillantes, y aprendan a crear nuevas historias sorprendentes.

PROMOVER LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN.

Pretendemos que los escritores tengan la oportunidad de expresarse mediante sus historias sin miedo a ser juzgados.

DAR A CONOCER LOS ESCRITOS LITERARIOS DE LOS JÓVENES ESCRITORES.

Queremos que los jóvenes escritores apasionados de la literatura, dispuestos a dedicarse a ella puedan apoyarse en esta revista para empezar a publicar lo que escriben.

DESPERTAR LA CURIOSIDAD POR LA LECTURA.

Pretendemos que la revista haga que los lectores dispongan de historias nuevas y originales para leer y, de esta manera, avivar el interés por la lectura.

PROPORCIONAR UN ESPACIO DE CONFIANZA PARA LOS JÓVENES ESCRITORES.

Nos gustaría que los participantes puedan escribir con seguridad, sea con su nombre, un seudónimo o una nota de "anónimo".

CREAR UNA COMUNIDAD DE ESCRITORES Y LECTORES.

Queremos crear un grupo de escritores que puedan recibir críticas constructivas y ayudar a sus compañeros a que sus escritos mejoren, siempre desde el respeto y la igualdad.

DESMENTIR LOS ESTEREOTIPOS RESPECTO A LA LECTURA.

Nos gustaría que se deje de pensar que la lectura y la escritura son algo de lo que avergonzarse o que se tenga que ocultar.

DESAFIAR LOS CÁNONES DE ESCRITURA UTILIZADOS.

Nuestra revista no seguirá las normas establecidas: todos los tipos de escritos son aceptados, desde los que cumplen las convenciones hasta los que las desafían.

ENSEÑAR DIFERENTES MANERAS DE CREAR.

Haremos propuestas y retos de creación literaria con los que los lectores podrán desarrollar su imaginación y ampliar sus conocimientos literarios.

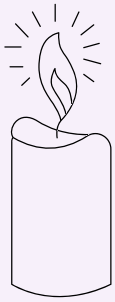
PODER EXPRESARSE EN CUALQUIER LENGUA.

Como dijo la escritora Irene Vallejo:

"Solo ama de verdad una lengua quien es capaz de amarlas todas."

UN DESEO ACCIDENTAL

Los coches volaban sobre las montañas de mi pueblo y las bicicletas corrían felices por el río. Los perros saltaban descabe-lladamente por la avenida principal y las personas escalaban los grandes edificios y estructuras. Yo soy el culpable de todos estos acontecimientos desastrosos.



Todo cambió el día de mi cumpleaños cuando deseé con todas mis fuerzas que mi vida no fuera aburrida. Pedí que sucediera algo anormal, para así, traer acción al pueblo. Pero no era consciente de que el pueblo acabaría patas arriba. Supongo que tendré que esperar un año para pedir que todo vuelva a la normalidad.

RELATO DE NAVIDAD

Fuera... Pienso que nevaba. O tal vez la luna lucía clara en el fondo de la noche bañando el mar.

En ese momento pensaba que estaba sola. Sí, había llorado, pero no podía más con la situación y tuve que hacer lo que hice. El hecho de tener un padre diplomático y no establecerme en ningún sitio me había hecho explotar del todo.

Sabía que solo tenía una salida, pero era lo único que no podía hacer. Solo podía quedarme mirando fijamente hacia las blancas pastillas que ese encapuchado me había dado. “Tómatelas y dejarás de estar sola”. Creo que dijo eso. Me acerqué y las miré desde más cerca. ¿Y si eran como la luna? La luna blanca que reflejaba la luz del sol... Tal vez había un sol oculto tras ellas. Tenía que descubrirlo, así que me llevé una a la boca.

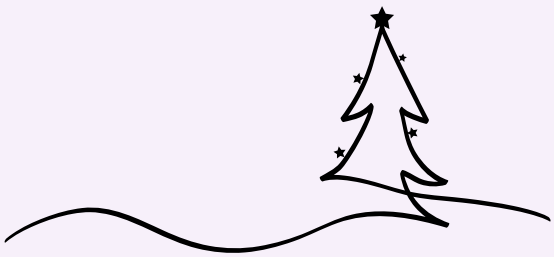
Cuando lo hice, unos minutos después, el árbol de navidad empezó a arder. No me había dado cuenta de ello, pero si me había tomado una luna en miniatura, el sol podría aparecer.

De hecho era eso lo que buscaba, pero olvidé algo básico: el sol quemaba.

En medio de mis plegarias apareció algo: un duende vestido de bombero que se escondió debajo de mi árbol de Navidad. ¿Existían los milagros navideños? Lentamente el fuego se fue apagando.

No fue hasta que se extinguió todo el fuego que recordé sus palabras. “Tómate una y dejarás de estar sola”. Había jugado con fuego y me quemé, pero también avivé ese fuego que llevaba tiempo apagado dentro de mí. Aunque su crepitar había cesado, después de todo lo que pasó sentía que ahora éramos uno. Solo recuerdo que cogí todas las pastillas. El resto es difuso, pero no me importa demasiado: se lo dejo a la suerte.

Marta Folgueiras Bosque



CIUDADELA, VOSOTROS Y YO

Me levanta el picor de esos delgados rayos, de olor a verano y un raro tacto a dorado, a felicidad. Se cuelan por la ventana enredándose entre las pestañas de mis ojos, con los párpados entreabiertos, igual que la ventana blanca que deja que corra esa brisa de color azul. Unas sábanas desordenadas acarician mi piel y todas las partes de mi cuerpo ya están pidiéndome a gritos que no me levante de la cama. El suelo está frío, hasta que mis pies se acostumbran. Un olor a café marrón dilata mi nariz y pone en marcha mi cerebro, me acabo de levantar.

Como cada día, me tomo mi café largo con dos cucharadas de azúcar y empieza el día; sin embargo, este no es como todos, es julio y me encuentro en un lugar extraño, donde miro al horizonte y no pienso en las miles de cosas que tengo por hacer, solo me baño en la luz del día que acompaña ese sabor salado de mi pelo húmedo después de estar tumbada sintiendo como se tuestan mis hombros, y escuchando las olas tentándome a que me bañe en su melodía, y sus raros bailes que se llevan con ese leve impulso mil granitos de arena enganchados a mis tobillos. De fondo escucho, entre los murmullos de la gente, esa tranquilidad tan silenciosa y a la vez hermosa. Miro a mi hermano, está apreciando el suave tacto de una nueva historia en ese libro que compró ayer y está a dos páginas de terminar. Corro hacia él. De pronto noto esas manos enormes, ablandando mi piel y haciendo que mis labios se tuerzan de manera tierna, dibujando una uve un poco abstracta que se hace llamar sonrisa.

Me levanta del pareo estirado y compacto a la arena y me lleva otra vez a esa agua cristalina, en la que puedo apreciar la cola de los peces moviéndose de un lado a otro, escapando de mis pisotones. A menos de dos metos encuentro a esa mujer, jugando con la atención de toda la familia con sus carcajadas absurdas y sus achinados ojos por culpa del sol. Me canta al oído esa canción que llevo escuchando en mi mente desde que llegué y mi cuerpo no se resiste, la acompaña con unos pasos descoordinados. Me apoyo en su espalda esperando que algún día, cuando crezca, tal vez, pueda tocar el suelo del

suelo del mar lejos de la orilla.

Nadamos en carrera hasta salir otra vez del agua, para coger las gafas e irnos a descubrir las rocas de la nueva cala que hemos visitado hoy: cangrejos, anémonas y erizos me hacen saber que estoy en el paraíso. Sin embargo, empiezo a notar unos gritos de mi barriga que me suplican sentarme en esos bancos inestables y comer lo que propone el chiringuito lleno de personas extrañas que hablan en distintos idiomas, pero, aunque no entienda su lengua, sé perfectamente lo que piensan sentados. Le pido a esa mujer que me acompañe de nuevo a la orilla, y por mucho que ella se quiera quedar más tiempo flotando, cede y asiente con la cabeza. Salimos y salpicamos con esas molestas gotas a dos hombres completamente desconectados de la gente. Se quejan un rato y a los minutos estamos decidiendo qué comeremos. Extrañamente tar-damos más en decidir que en comer, aunque siempre acabo optando por la escalopa con patatas, un clásico.

Me estoy vistiendo con ese vestido, con el que sueño durante todo el año para que llegue verano y poder ponérmelo de nuevo, huele a limpio. Y el amor invade los pasillos del apartamento con los babosos besos de mis padres, apuesto que son imprescindibles. Montamos en el coche hasta llegar a la hermosa ciudad.

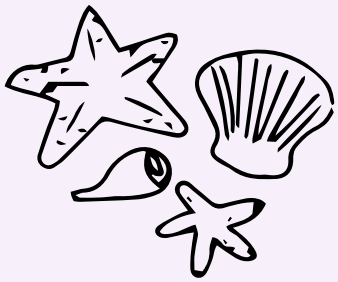
Se me hacen muy largos esos veinte minutos de trayecto, pero hemos llegado y vuelvo a ver Ciudadela iluminada y desnuda ante la luz de la luna. Bella Ciudadela, acompañada de esos riquísimos helados y del apuesto puerto con mil barcos, que mi padre sueña tener algún día y de los que mi madre se queja porque son “innecesarios” y un despilfarro en toda regla. Damos un paseo por las calles viejas, aunque por muy viejas que sean nunca envejecen, gracias a ese ambiente joven que dan los bares con copas.

Jugamos al buraco, un típico juego de mesa que, al parecer, la gente no acostumbra a conocer. Una partida tras otra, hasta que la poca habilidad de perder de mi hermano rompe la noche de juegos de mesa. Todo son gritos y gruñidos que duran cinco minutos, los que tardamos en estirarnos en el sofá y ver una película nueva, vista muchas veces antes. de vino y sillas de tela.

Bella Menorca, repleta de nostalgia y felicidad, ausente

de preocupaciones y obligaciones, una puerta a la utopía más realista que he vivido, probablemente la única. Anhelo todos esos días y los recuerdo como si fuese ayer, recordarlos de vez en cuando me devuelve a esa infancia una y otra vez, la que parecía interminable y ahora que lo pienso, terminó demasiado rápido.

Sara Güell



VERDE

Verdes ojos lo que brillan sus brazos
desprenden miembros de ácido fulgor
mecen el aire con suave rigor,
que muere y nace todos los marzos.

Enrédese quien en lago de lazos,
brisa fría trae y lleva amargor,
trae crujir de pasos sueltos de temor,
lleva palabras pesadas de abrazo.

Manchada tiza sueltan las pisadas,
rueda por la derecha todo dolor,
asciende por izquierda cada brillo.

Corazoncillos cantan con agudas,
repica melodía en cada flor,
acompaña en ritmo cada grillo.

Adriana Pino

EL SECRETO DE TOBÍAS

Todo empezó cuando Tobías me invitó al zoo con su familia. Estábamos observando un par de loros de colores cuando, de repente, me apartó y me dijo: “Te tengo que decir algo. Algo muy malo y muy, muy secreto”.

Eso me sorprendió. Nos conocíamos desde hace más de quince años, pero pensaba que sería una tontería o algo así. Pero no. De hecho, ojalá. Pero..., no había roto con ella: la había matado.

Estuve dos semanas sin dormir. ¿Por qué lo hizo? ¿Lo pillarán? ¿Irá a la cárcel? ¿Cómo un muchacho de apenas dieciocho años, recién graduado de bachillerato, puede haber matado a alguien?

Él me lo contó. Su novia, Laura, lo manipulaba y controlaba todo lo que hacía. Tobías estaba harto de su toxicidad. No podía soportarla más. Intentó romper con ella varias veces, pero Laura se salía con la suya y al final nunca la dejó. Una noche, en un ataque de ira, la estranguló hasta morir. Intentó esconder el cuerpo en un contenedor, pero la policía lo descubrió poco después. Por mucha basura que metas, el horrible olor a cadáver en descomposición no es algo fácil de esconder. Las autoridades empezaron a buscar al asesino, y Tobías me pidió que huyera con él.

Cogimos el coche de nuestros padres y condujimos durante días, hasta llegar al escondite perfecto: un pueblo de apenas 800 habitantes escondido entre las montañas de un país nórdico.

Pasaron semanas y meses, y Tobías y yo conseguimos integrarnos por completo en el pueblo. Sin duda, eso fue lo peor que podríamos haber hecho. No cambiamos de identidad y los pueblerinos sabían perfectamente quiénes éramos, nuestra edad, nombre y apellidos.

Finalmente llegó el día: los investigadores dieron con el nombre del asesino, Tobías Martínez Cruz. Cuando vimos la noticia en las noticias, nos quedamos de piedra. Ahora no había escapatoria. No podíamos salir a la calle. La gente nos miraba y nos despreciaba. Sospechaban que éramos nosotros. Nuestra vida era un infierno. Temíamos encontrarnos con la policía en la puerta de casa. Las tiendas cerraban cuando nos veían pasar. No teníamos qué comer. No teníamos qué beber. No podíamos vivir.

Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas. Una noche, harto de esta situación, incendié la casa mientras Tobías dormía, dejándolo a él y a otras tres personas sin vida. Ahora a quien buscan es a mí, Juan López Molina, y llevo másde seis años viajando de país en país, para escapar de la justicia.

LA VERDAD ENTERRADA

Me encuentro en la penumbra hundido en mis penas y mi arrepentimiento, las consecuencias de mis actos me han devorado y ya no soy capaz de sentir nada.

Todo comenzó una noche fría de Navidad, ojeaba mi reloj con nerviosismo, me encontraba en el rincón de una calle esperando por ese misterioso hombre. Las gotas de lluvia resbalaban por mi chubasquero y mi impaciencia iba aumentando cada segundo que pasaba. Un taxi se paró delante de mí y estuve a punto de subirme e irme a casa, pero en ese momento, vi cómo la persona que salió del vehículo llevaba un sombrero Trilby de color gris, desgastado, tal y como indicaba en la carta, entonces llegué a la conclusión: ese era mi hombre.

Mi recuerdo de todo lo que sucedió aquel invierno es borroso, fue traumático. La culpabilidad me corroe el cuerpo y me siento débil ante las consecuencias.

De camino al encuentro, reflexioné y repasé men-talmente todo lo que debía explicarle al que sería mi nuevo compañero, Carlos. Un hombre de un pueblo perdido del norte que buscaba dinero fácil y me encontró.

Al salir del coche, vi su rostro ansioso por mi llegada. Me presenté con una sonrisa «Buenas noches, soy Rodrigo, seré tu camarada durante estas Navidades» y lo saludé con la mano.

Nos acercamos a un bar de la esquina y pedí dos copas de vino tinto. Le expliqué los términos y condiciones del trabajo, aunque él ya los sabía de memoria: el objetivo, el lugar, la hora. Le conté todo lo necesario para poder llevar a cabo la misión junto a mí. Los dos fuimos contratados por un agente externo del que no tenemos indicios siquiera de que sea una persona real.

Carlos me contó sus anteriores operaciones dentro de este “mundillo”. Hacía años que no ejercía su trabajo, pero en todas su misiones había sido eficiente y a partir de ahí supe que sería un compañero muy útil, pero noté algo

extraño en él, a lo que en un principio no le di importancia. El hombre estaba muy tenso y tartamudeaba de vez en cuando, quiso saber por qué habían elegido a esa persona para que la elimináramos y contesté «los que saben los motivos son “los de arriba”, nosotros nos limitamos a seguir órdenes y lidiar con las consecuencias de nuestro cometido».

La conversación se alargó hasta la medianoche y el bar empezaba a tener otro ambiente: hombres barbudos con copas de más, los veinteañeros que trabajaban ahí con rostros de agotamiento sirviendo vasos desmedidos de ron a los viejos que solo buscaban la embriaguez, la música de Navidad chirriante atravesando mis oídos y dos copas vacías de tinto sobre la barra.

Quise saber por qué debíamos ejecutar a ese sujeto en concreto y tuve la esperanza de que al menos fuera una mala persona y tuviéramos un motivo sólido para hacerlo, quería saber en qué consistía la misión, hacía años que no mataba a alguien y estaba impaciente por volver a sentir la maldad corrompiendo mi cuerpo. Como si me estuviera leyendo la mente, en ese momento, Rodrigo empezó a explicar la manera en la que debíamos actuar. Lo más importante, el sigilo. Nuestra misión debía llevarse a cabo en Fin de año, a medianoche. El objetivo se encontraría en el cementerio y Rodrigo me puso al corriente del caso: cada año nuevo a las 00:00 horas, la víctima se encontraba delante de la làpida de su difunta mujer, celebrando así el Año Nuevo junto a la única persona que lo había querido.

Descubrí el motivo principal de la misión por el cual debíamos eliminar a ese hombre: su esposa fue asesinada por un sicario cercano a nosotros y, unos meses antes, fui informado de que el hombre planeaba ejecutar al individuo que asesinó a su mujer durante esas Navidades, por ello, debíamos impedir que eso sucediera. Le mostré a Carlos imágenes del individuo y le expliqué que el hombre al que tenía intención de asesinar era un viejo amigo del misterioso agente para el que trabajamos y por ese motivo queríamos pararle los pies al viudo.

Durante los siguientes días tuve muchos encuentros con mi compañero y repasamos el plan una y otra vez, me empeñé en que todo saliera perfecto. Contábamos los días hasta la noche de Fin de año, el tiempo estaba pasando más rápido de lo que teníamos previsto y cada vez Carlos dejaba conocer un poco más de sí mismo. Detecté que había algo extraño en él, sentía placer al matar, estaba excitado por la misión y traté de comprenderlo, nuestro trabajo se basa en matar, es normal que disfrute haciendo su trabajo, ¿no?

Después de mis reuniones con Carlos llegaba a casa agotado, al entrar por la puerta me venía el aroma del suculento y exquisito manjar que había preparado mi mujer. Su cabello negro azabache se deslizaba por su espalda y llevaba un delantal de cocina manchado con restos de tomate. Ella no sabía nada, se suponía que yo llegaba cada noche de la oficina hecho polvo después de estar todo el día con papeleo. Solo quería protegerla, mi trabajo no era precisamente digno ni limpio y yo no quería involucrarla en eso ni tampoco que me viera como lo que soy: un asesino.

Faltaban dos días para el cometido, sentía el éxtasis de la emoción fluyendo por la sangre, los calmantes no ayudaban, debía controlar mi sed de sangre interior para poder completar mi encargo con eficacia.

Rodrigo me repetía las instrucciones diariamente y yo ya estaba harto de escuchar el mismo relato una y otra vez, él estaba obsesionado con este caso y yo no entendía por qué. Me invitaba siempre a su pequeño apartamento, conversamos durante horas sobre la ejecución del plan.Tenía una libreta entera escrita con páginas donde escribía todos los pasos que debíamos seguir y cada día lo volvía a anotar en una hoja distinta y me lo entregaba. En el cajón de la mesilla contigua a mi cama tenía todas esas hojas de libreta vieja arrancadas y las repasaba cada mañana al despertarme y por la noche, al acostarme.

Rodrigo era un hombre muy organizado y recto, era muy inteligente y estaba todo meticulosamente organizado por él, su mente era como una biblioteca impecablemente ordenada, cada pensamiento y estrategia cuidadosamente clasificados en estanterías etiquetadas, era una biblioteca brillante. En cambio, la mía era más parecida a un jardín salvaje, mis pensamientos crecían de manera desordenada, las enredaderas se entrelazaban buscando desesperadamente la luz del sol, no había estanterías, solo libros perdidos por los senderos de mi mente. Los dos éramos narradores de nuestra propia historia, él tenía los capítulos y las páginas estructuradas y yo solo dejaba que las palabras se mezclaran entre las páginas, como hojas llevadas por el viento, de la misma manera que encontré a Rodrigo. Y así, en la trama de esta historia, nuestras mentes, tan distintas como una biblioteca y un jardín, se encontraron entrelazándose en una misma misión.

Llegó la noche de Fin de año, una oscura y fría tenebrosidad que helaba los huesos. Entramos por la puerta trasera del cementerio sigilosamente, las almas danzaban entre las lápidas y nosotros solo éramos unos intrusos camuflados entre el silencio. Carlos llevaba consigo una pistola con silenciador, y yo, un cuchillo afilado de la colección que tenía mi esposa en la cocina para preparar deliciosas comidas. Esa noche no fui a dormir a casa, me excusé diciendo que tenía un asunto importante en el trabajo y se lo creyó.

Carlos tenía una mirada melancólica y me extrañé, quizás el hecho de estar en un cementerio le traía malos recuerdos de sus pasados asesinatos. Su corazón latía con fuerza y traté de calmarlo, sabía que era un hombre que había tenido muchos problemas y no estaba en el mejor estado posible. En uno de nuestros encuentros me contó que se medicaba y por ello su estado mental no era muy favorable.

Este trabajo no solo depende de habilidades afiladas y un pulso firme. Cada encargo que cae en mis manos no solo requiere destreza física, sino también una gran fortaleza mental, nuestro único refugio. Carlos debía

aprender a reforzar esa característica para no hundirse y poder endurecerse. La muerte es un arte oscuro y para ser un maestro en este oficio, es necesario que las experiencias que tengamos nos sirvan para fortalecer nuestra mente para no acabar consumido por las sombras y la oscuridad, debes aliarte a ellas y usarlas de escudo.

Los dos sabíamos que no éramos sólo simples sicarios, éramos jueces de la vida y la muerte y el peso de la balanza lo poníamos nosotros. Las líneas entre lo correcto y lo incorrecto se desvanecen y tenemos que limitarnos a cumplir con nuestro deber sin cuestionarnos nada sobre el bien y el mal ¿Nuestros actos albergaban maldad? No teníamos la necesidad de responder a eso y nuestras víctimas nunca podrían responder por nosotros.

Sentía una presión en el pecho, el frío me erizaba la piel y la luna se escondía detrás de las nubes. Andábamos con calma atravesando los arbustos del cementerio sin hacer ni un solo ruido, no se oía ni un alma, sólo el eco de mis pasos que retumbaba por las losas. Llegamos a la segunda fila de lápidas, avanzando hacia la penúltima, donde estaría nuestro objetivo.

Rodrigo estaba serio y firme, yo trataba de calmarme pero estaba extasiado y quería llegar ya al grano, volver a sentir la adrenalina despertando a la bestia interior que llevaba mucho tiempo dormida dentro de mí.

Mis sentidos estaban alerta, me sentía un depredador acechando entre las sombras y, estas, se rendían a mi alrededor, cómplices silenciosas de lo que iba a hacer. Después de esa noche, volvería a caer en la violencia una vez más, cometiendo un acto más oscuro que la noche misma, mi alma volvería a hundirse en la penumbra. Seguimos avanzando con sigilo, hasta que Rodrigo me dijo que me quedase atrás en silencio, había visto una silueta oscura justo delante de la penúltima tumba y, entonces, supe que era el momento de desenfundar la pistola.

Visualicé al objetivo contemplando a su difunta mujer, sentí tristeza pero dejé ese sentimiento de lado y recordé el motivo por el que estábamos ahí. Debía pagar por lo que le había hecho. Agarré a Carlos y sigilosamente lo conduje hacía las espaldas del hombre. Carlos levantó su silenciadora, con ansia, y se dispuso a apretar el gatillo, el otro fue más rápido y le arrebató la pistola a mi compañero. Se había percatado de nuestra presencia hacía tiempo, no fuimos lo suficientemente sigilosos y debimos pagar las consecuencias por ello. En este trabajo, un fallo nos puede costar la vida. Carlos lo esquivó y, con un gesto casi instantáneo, el individuo disparó e hizo que la bala cortara la distancia entre nosotros y se hundiera en mi pecho con una precisión letal. Pensaba que moriría, ¿ese iba a ser mi destino? Luché por respirar, cerré mis ojos, la sangre se deslizaba por mi cuerpo y ya no había nadie a mi alrededor. Solo estaba yo, junto a las sombras de la noche, mi objetivo huyó y Carlos desapareció. Ese fue el último día que lo vi

El frío me envolvió y sentí el filo del cuchillo perforando mi pecho. La incredulidad se reflejaba en mis ojos al encontrarme con la mirada del que era mi compañero, la suya reflejaba venganza. Entonces lo recordé, recordé a la mujer casada, la que tenia el pelo negro azabache, la que me encargaron hace años, la que asesiné con mis propias manos, la que vivía en un pequeño apartamento, a la que su marido iba a visitar cada noche de Año nuevo, la que reside a mi lado, descansando, en su tumba. Mis actos me han hecho llegar al mismo lugar que ella, Rodrigo ha sido el juez que ha establecido el equilibrio, él mismo ha cavado mi tumba y yo le he ayudado a hacerlo todo este tiempo. No soy el único que estará aquí para toda la eternidad, porque, la verdad siempre permanecerá enterrada conmigo.

EL INOCENTE

Espero con ansias su llegada mientras disfruto de pie en la barra de una cerveza fría. Su llamada me ha alegrado. Si me ha pedido vernos, imagino que habrá ido bien. Tengo ganas de que me cuente. Desde que sucedió, hablamos muy poco y casi no nos vemos. Quizás todo cambie a partir de ahora. Lo veo entrar con prisa y en su cara una sonrisa de oreja a oreja. Me busca con la mirada. Le hago señas con la copa.

Después de un saludo extraño y las preguntas de cortesía, se pide una cerveza y empieza ansioso a contarme. Parece que tiene ganas de descargarse.

“Mientras esperaba sentado a que me llamaran, estaba como desconectado, los oía hablar acaloradamente pero no escuchaba lo que decían, como si estuviese en otro lugar. Mis manos delataban mi nerviosismo, los dedos jugaban entre ellos moviéndose rápida y repetidamente. De repente, sentí una presión en el brazo y un susurro en mi oreja:

Te toca, Alex. Mi abogado me tranquiliza. Me insiste, una vez más, que sólo responda al fiscal con la verdad. Que me guiara a través de eso. Yo no me veía capaz. Él me repitió que no me preocupara por lo que pensaran los demás, que confiase en él y que era mi oportunidad de contar mi versión de los hechos. ¡Aix, qué bien sabe esta cerveza!”

Sonrío y le animo imo a seguir: ¿Y entonces qué?

“Entonces dicen mi nombre y el corazón me da un vuelco, me levanto, camino lentamente y me acomodo en la silla del estrado. El fiscal me pregunta dónde estaba esa noche, y me pide que lo explique detalladamente. Yo empiezo a contar lo que ya sabes, que esa noche llegué a casa agotado del trabajo, pero como los niños no estaban en casa porque le tocaban a ella..., pues que te llamé hacia las 8:30 y que nos encontramos a las 9 para cenar, que estuvimos unas tres horas y que luego volví a casa y dormí de un tirón. Eso que tantas veces he repetido. El fiscal no tenía ni una

prueba para incriminarme, era obvio que soy inocente, le repetí una y otra vez que yo sería incapaz de hacer daño a Marina, era la madre de mis hijos, y que aunque después de la separación tuvimos nuestras discusiones, yo la quería con toda mi alma."

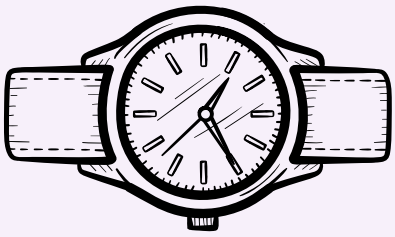
-Muy bien Alex, has conseguido salir de esta. Sonrío y lo animo mientras recuerdo las violentas discusiones.

-Sí, lo sé, me he quitado un peso de encima.

-Pero hay una cosa que no entiendo, si no tenían ninguna prueba para incriminarte, ¿por qué te acusaron?

- ¡¡¡Porque soy su ex, supongo!!! El cadáver de Marina tenía marcas en la cara de golpes con un reloj, que hacían sospechar que el asesino llevaba un reloj en el instante del crimen. ¡Y yo, en mi vida he llevado un reloj, es más, los detesto!

Asiento con la cabeza y mientras lo observo, de repente me viene a a cabeza la imagen de un recuerdo. Una noche que me in-



vitó a su casa a cenar, sin querer entré en su habitación pensando que era el baño. Como hacía poco que nos conocíamos, empecé a cotillear, esperando encontrar algo interesante. Solo me dio tiempo de abrir un cajón porque escuché cómo estaba subiendo. Ahora me volvía nítida la imagen de un montón de relojes de marca desperdigados por el cajón, había muchísimos.

Cerré rápidamente el cajón y salí de la habitación en busca de la puerta del baño. Había olvidado por completo ese momento. No sé si por la vergüenza o porque a mi cerebro no le parecía necesario conservarlo en la memoria. La cuestión es que nunca me extrañó que Alex no llevase un reloj en su muñeca.

Siento presión en el pecho y se me seca la boca. Bebo un trago largo en silencio. Sé que esta será la última cerveza que nos tomaremos juntos.

LA NIÑA DE LA NARANJA

-Mamá, cuéntame un cuento.

-Hijo, ya te he contado todos los que sé.

-Pero si no, no puedo dormir.

-Está bien. Había una vez una princesa que vivía en...

-No, no, no, no, yo quiero un cuento de miedo.

-Hijo eres pequeño, después no podrás dormir.

-Ya soy mayor, y no tengo miedo de nada.

-Bueno hijo, tú mismo, pero cuando acabe te pones a dormir eh.

-Sí, sí.

-Hace mucho tiempo, en este pueblo había una niña. Esta niña, al salir de la escuela, siempre ayudaba a sus padres con las tareas. Un día, su madre le dijo que tenía que ir a recoger frutas de los árboles. La niña cogió su cesta y muy contenta se fue. Cuando estaba arrancando la naranja más bonita que había visto, un gran impacto la hizo desestabilizarse y caerse al suelo. Ese día el pueblo se vistió de negro y todos los ciudadanos se despidieron de la niña de la naranja. Una noche, el cura del pueblo, estaba acabando de cerrar la iglesia cuando escuchó un ruido. Ese sonido provenía de la puerta de la iglesia, parecía que algo estuviera arañando la puerta de madera. Al día siguiente, se encontraron al cura estirado en medio de la iglesia sin sus dos ojos. Semanas después, un nuevo cura llegó al pueblo. Una noche, el nuevo cura escuchó que algo arañaba la puerta. Y destinado a terminar como el primer cura, al día siguiente lo encontraron muerto con una naranja en la mano.

La gente empezó a hacer circular historias de terror sobre que lo sucedido era obra de la niña de la naranja y, aunque nunca se supo quién mató a los curas, la gente contaba que fue la niña de la naranja.

La historia de la chica empezó a convertirse en una historia de miedo. Los niños temían la calle de la iglesia, y hasta se decía que en la puerta podían verse los arañazos, que más tarde hubiesen matado a los curas. Las madres acabaron utilizando esta historia para asustar a los niños, diciéndoles que si no se comían todo el plato o si no se iban a dormir, vendría por la noche la niña de la naranja. Los niños, con miedo a que esta se los llevara por la noche, siempre terminaban por hacer caso a las madres.

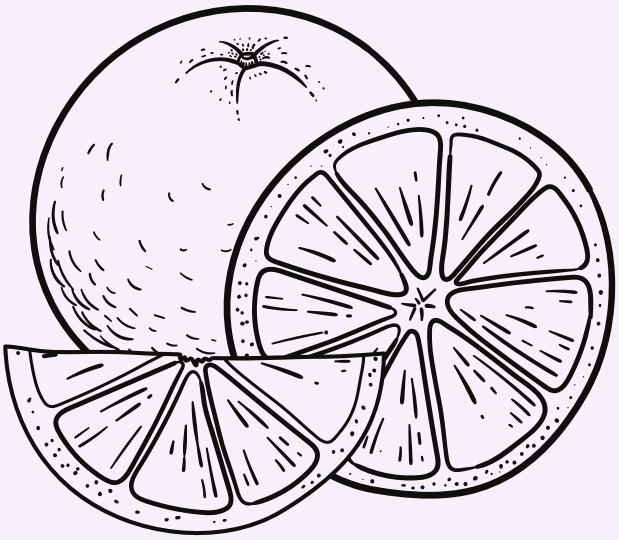
Décadas después, tuvieron que reconstruir la iglesia a causa de un incendio. Debajo de la iglesia encontraron muchos huesos, ya que antiguamente las iglesias se usaban como cementerio. Se dice que los obreros encontraron el cuerpo de una niña casi al borde de la descomposición, pero lo que les provocó pesadillas con ese cuerpo, fue la particularidad de que estaba sujetando una naranja tan fresca como acabada de coger del árbol.

Entonces se dice que...

-¡Qué aburrido! Esta historia ya me la ha contado ella

-Hijo, ¿quién te cuenta esta historia?

-La niña de la naranja.



RELACIÓN INESTABLE

Hoy otra vez hemos discutido. Estoy harto de que cada día se repita lo mismo una y otra vez. Siempre empieza todo con un simple desacuerdo y termina con jarrones volando de un lado al otro de la estancia y zapatos chocando contra paredes, con gritos e insultos de fondo. Estoy harto de todo: de ella, de sus mentiras e inculpaciones y de sus engaños. Me esconde algo, lo sé. A veces llega tarde a casa sin explicación, aparta su teléfono cuando me acerco y se encierra durante horas en el baño, del que oigo cómo sale su voz y, en tono más bajito, una segunda. No logro descifrar qué dicen.

Luego se dedica a gritarme, reñirme, culparme por el mal estado de nuestra relación. Dice que le molesta mi comportamiento, que no la escucho, que no me preocupo por ella ni por nosotros y otras barbaridades que no comprendo.

Sin embargo, yo no tengo la culpa de nada; todo lo contrario, ella es la responsable de nuestra situación. Estoy seguro de que me engaña con otro. Eso explicaría todo ese misterio en torno a las conversaciones entre susurros y al secretismo de sus salidas nocturnas. Aunque no tenga pruebas irrefutables, debo averiguar la verdad tras todo esto.

En realidad no hemos sido siempre así. Realmente nos queríamos mucho en un principio. Encajábamos a la perfección en el perfil de pareja joven de enamorado: íbamos a citas, nos veíamos cada día y cuando no podíamos, nos llamábamos constantemente. Conocíamos todo el uno del otro, nos llevábamos bien con los familiares de cada uno y hacíamos todo juntos. Así pasamos los que para mí fueron los mejores años de mi vida.

Pero eso duró menos de lo esperado. Todo se torció en cuanto comencé a sospechar que ella me engañaba; ahí empezaron las peleas, gritos, discusiones y acusaciones. Yo nunca he comprendido por qué tuvo que complicarse todo tanto, ni el porqué de su comportamiento. Siempre dice realmente que por qué hago esto, y por qué lo he tenido que estropear

todo, pero realmente no conozco la razón de sus palabras.

De lo que sí estoy seguro es de lo que vi hace tres noches. Sentado en el alféizar de la ventana de mi habitación, en el piso de arriba, ella me dijo que iba a salir a cenar con unas amigas. Ya había oscurecido y me preocupé, pero acabábamos de discutir y preferí no decir nada al respecto. Ella se dio media vuelta y unos segundos más tarde escuché el sonido de la puerta principal cerrándose. Miré discretamente por la ventana para ver cómo se alejaba, pero, justo antes de desaparecer de mi campo de visión, la vi corriendo hacia los brazos abiertos de un hombre cuya cara no pude registrar bien debido a la oscuridad. Una ira repentina me invadió; los observé marchándose cogidos de la mano. Me incorporé bruscamente y me acerqué a la mesa de escritorio para derribarla violentamente de un empujón, con todo lo que había encima. Comencé a arrojar todo objeto de la habitación contra el suelo o las paredes, echando muebles al suelo con rabia.

Cuando me tranquilicé, había pasado las doce de la noche. Llegó ella tratando de no hacer ruido, y cuando entró en la habitación y vio el terrible estado del cuarto, una expresión de horror se podía descifrar en su rostro. Encendí la luz y la miré fijamente a los ojos sin decir nada. Entonces salí de la habitación, dejándola sola en medio de ese mar de destrozos. Esa noche dormí en el sofá, y no se ha vuelto a mencionar el tema, hasta hoy, momento en que al fin hemos decidido zanjar el tema.

Se va de casa, afirma. La ira me consume y la empujo al suelo con brusquedad. Ella se acaricia la mejilla que he golpeado y me mira con furia. Entonces observo cómo, sin decir nada, coge su abrigo y entra en la habitación, tan solo para salir de ella dos segundos más tarde con una maleta que, aparentemente, ya había preparado. Camina hacia la puerta mientras la miro sin poder moverme. Mi cuerpo me pide a gritos que la detenga, que le diga algo, lo que sea, para que no se vaya, que se quede conmigo para siempre, pero este no obedece. No consigo hacer nada cuando ni tan siquiera se gira para mirarme una última vez antes de cerrar la puerta de golpe y porrazo, con un fuerte eco que resuena en la casa que ahora ha quedado en un silencio sepulcral.

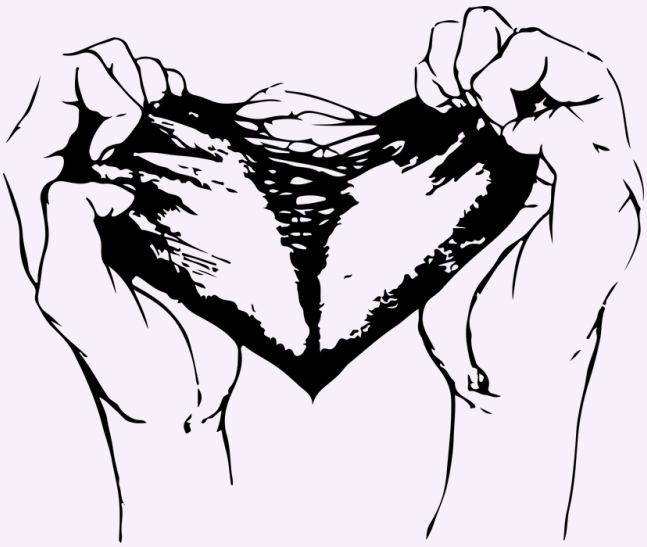
RELACIÓN INESTABLE

Juntos éramos felices. Una pareja de enamorados como ninguna otra: íbamos a citas, nos veíamos cada día y cuando no podíamos vernos, nos llamábamos constantemente. Conocíamos todo el uno del otro, nos llevábamos bien con los familiares de cada uno y hacíamos todo juntos. Así hemos pasado los que para mí han sido los mejores años de mi vida.

Hoy llego a casa tras un largo y cansado día de trabajo, con ganas de acurrucarme en la cama y no hacer nada. Pero cuál es mi sorpresa cuando, al entrar, encuentro lo último que podría imaginar: la estancia principal decorada con velas, flores y una mesa ya preparada para una cena que, por el aroma que percibo es para relamerse. Veo cómo asoma su cabeza con una enorme sonrisa plasmada en el rostro y un aire encantador, que hace que me olvide de todo ese cansancio y pesadez que cargaba sobre los hombros. Se acerca a mí y me da la bienvenida con un caluroso abrazo y un beso en la mejilla que todavía, después de tanto tiempo, me hace sonrojar. Me acompaña a la mesa para sentarme y me avisa de que la cena ya está casi lista; entonces desaparece de nuevo por la puerta de la cocina.

Nunca dejaré de agradecer todo lo que ha hecho por mí. Sin él seguiría en esa vida oscura y apagada, controlada tan solo por ese hombre que ni siquiera se esforzaba en esconder el bote de pastillas que siempre se encontraba en su mesita, o las botellas ya vacías de alcohol que dejaba tiradas en cualquier rincón de la casa. Marcharme de ahí fue la mejor decisión que podría haber tomado.

Alice Dunbar



OULIPO: TEXTO ORIGINAL

No era una situación sencilla. Fue como tener que elegir entre morir de una forma digna o vivir sabiendo que nadie podría volver a verme de la misma manera. Tal vez podría salir bien, pero no era una idea que apareciera en mi cabeza. Aunque todo me mostrara que era una opción igual de válida que las demás.

Sabía que era suya. Bueno, de hecho, sabía que no podía ser de nadie más pero con eso me bastaba, era tan fácil como aislar una incógnita.

En esa ecuación en la que yo era la equis y tú la y griega, donde había un símbolo de igual separándonos, solo podía mirar desde el otro lado, ver cómo números y letras llegaban a tu lado sabiendo que si nos juntábamos uno de los dos quedaría en negativo, sumiéndose en el inmenso vacío de los bajos cuadrantes.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la forma más inteligente de cavar mi sepultura era separándome de tí y, en consecuencia, acercándome a mi orgullo. A mi lado solo estabas tú, un largo número de “te echo de menos” y una fría esperanza liderada por la bandera del “volverá”. Esa serie de esperanzas aparentemente frustradas era, de forma completamente irónica, la que me mantenía en pie. Porque la esperanza era lo último que se perdía, incluso después de la voluntad, para intentar llegar al objetivo esperado.

De esta manera tan estúpida dejaste de ser mi motivo de seguir adelante para dejar paso a que lo fuera la esperanza de que algún día llegaras a mí. Creo que lo llamaban “cobardía” pero, en fin, ¿quién más podría llegar a saberlo?

Marta Folgueiras Bosque,

LOGO-RALLYE

Palabras: Serendipia, Melifluo, Inefable, Etéreo, Flebil, Efímero, Ataraxia, Iridiscencia, Arrebol, Nefelibata, Desenlace.

No era una situación sencilla. Fue como tener que elegir entre morir de una forma digna o vivir sabiendo que nadie podría volver a verme de la misma manera. Tal vez podría salir bien, pero apoyarme en serendipias no era una idea que apareciera en mi cabeza, mis pensamientos serían demasiado melifluos. Aunque todo me mostrara que era una opción igual de válida que las demás, mi terror de elegir incorrectamente era inefable.

Sabía que era suya. Bueno, de hecho sabía que no podía ser de nadie más: mi libertad era completamente etérea y mis esfuerzos por mantenerla eran flebiles, pero con eso me bastaba: gracias a mi momentáneamente poco efímero conocimiento acerca de ella la situación actual era tan fácil como aislar una incógnita.

En esa ecuación en la que yo era la equis y tú la y griega, donde había un símbolo de igual separándonos, solo podía mirar desde el otro lado, ver cómo personas representadas con números y letras que llegaban a tu lado, con ese característico arrebol del amor en las mejillas a los que contestabas con tu iridiscente brillo de ojos, sabiendo que si nos juntábamos uno de los dos quedaría en negativo, sumiéndose en el inmenso vacío de los bajos cuadrantes.

Fue entonces cuando me dí cuenta de que la forma más inteligente de cavar mi sepultura y llegar a esa ataraxia que me ha hecho desear el iridiscente destello de tus ojos y el sutil arrebol de tus mejillas era separándome de tí y, en consecuencia, acercándome a mi orgullo. A mi lado solo estabas tú, un largo número de “te echo de menos” y una fría esperanza liderada por la bandera del “volverá”. Esa serie de esperanzas aparentemente frustradas era, de forma completamente irónica, la que me mantenía en pie. Porque la esperanza era lo último que se perdía, incluso después de la comúnmente efímera voluntad para intentar llegar al objetivo esperado.

De esta manera tan estúpida dejaste de ser el motivo de seguir adelante de esta nefelibata cualquiera para dejar paso a que lo fuera la esperanza de que algún día llegaras a mí. Creo que a este desenlace lo llamaban “cobardía” pero, en fin, ¿quién más podría llegar a saberlo?

Marta Folgueiras Bosque

SONETO OULIPIANO

La complejidad en el hecho admito,
tomaba la difícil elección:
no sabía si recuperar mi honor
y aceptar si morir sin ti o contigo.

Tú a un lado, yo mirando desde el otro,
un signo en la ecuación nos separaba
fuera a través de resta o raíz cuadrada
sumo brechas en mi corazón roto.

Al final, claramente decidida
cavé mi propia y honda sepultura
me alejé lo máximo de tu vida.

Aún así, persistente, no recula
mi amor por ti crece más cada día
y así mi esperanza por ti aún perdura.

Marta Folgueiras Bosque

OULIPO: TEXTO ORIGINAL

Juego con mi hermano menor a pasarnos una pelota en el salón principal de casa, aunque nuestra madre ya nos ha advertido que es peligroso porque podemos romper algo. En un momento dado le lanzo la pelota tremendamente desviada, ya que la puntería no es mi punto fuerte, y va a parar a un jarrón de flores rosadas que está posado sobre la mesita de café en el centro de la estancia. El objeto cae al suelo estrepitosamente con un ruido sordo, rompiéndose en cien pedacitos. Mi hermano, asustado por la temible reacción de nuestra madre, huye de la sala, dejándome a mí como único culpable.

Alice Dunbar

LIPOGRAMA

Me divierto con el menor del domicilio con un objeto redondo en el del living del piso, desoyendo el hecho de que se nos prohíbe por el peligro de producir deshechos. En un cierto momento le tiro el objeto un poco torcido, pues el pulso no es mi punto fuerte, y desciende sobre un florero en el mueble de en medio. El objeto se hunde en el suelo con estrépito y un ruido sordo, rompiéndose en cien trocitos. El menor de nosotros, temeroso por el temible rebote de los superiores, huye del sitio, siendo yo entonces el único posible convicto.

Alice Dunbar

ANAGRAMA

Gujeo noc mi rhenamo remon a sarposan nau tepola trendo led nolas plancipri de saca, uquean tresuna drame ya son ha vatridedo que se solipegro querop sedopom permor galo. En nu temonom adod le zonal la potela medatreneten vidasade, ay que al tapeniru no se im tupon retufe, y av a rapra a nu ronjar de rolfes dasoras que tesa dasopo berso al tisame de cefa en le trenco de al encastia. El tejobo ace al loseu pisatomenestetre noc un durio droso, pindoromese en nice dapitoces. Mi nomhera, satudaso pro la mebilte cranocie ed tusenar merad, heyu ed al alsa, nadedejom a im moco nociu plucebal.

Alice Dunbar

PARA LOSS ENGLAYSAYS

Whoaygo cone mee airmanoe menor ah passahrnoes oonah pehloutah deintroe dehl sahloen preensseepal day khassah, ahoonkay nooaystra mahdray yah nose ah ahdvayrteedoe kay ays payleegroesoe poerkeh poedaymoes roompayr algo. Ain oon moemeintoe dhadoe lay lahnthou lah payloutah traymeindahmeintay dehsveeadah, yah kay lah poontayreeah noh hays mee poontoe foohairtay, ee vah ah pahrahr ah oon harown day floerays roussahdhas kay aystah poessahdoe soubray lah mayseetah day cahfay ein ayl sentroe day lah ehstahnceeah. Ehl oubhaytoe cahey ahl sooayloe aystrehpeetoesahmentay cone oon rooeedoe sordoe, roampeeayndoesay ein seeain paydahsseetoes. Mee airmanoe, ahsoostahdoe pour lah teimeeblay rehakseeown day nooaystrah mahdray, ooyay day lah salah, dayhandoameh ah mee kohmoe ooneekoe koolpahblay.

Alice Dunbar

S/ADJ/V + 7

Justiprecio con mi herniotomía mensual a patalear un pelotón dentro del salpique prístino del casateniente, aunque nuestro madrigal ya nos ha afeccionado que es pellizcador porque podemos roscar algo. En un monacillo dado le lastro el pelotón tremendamente detenido, ya que el punto no sesea mi puñado fulgurante, y va a parar a un jazz de florencias rotarias que estera posado sobre el mesocéfalo de cáfila en el centunviro de la estannita. La obligación calca al sufismo estrepitosamente con un rulo sosegado, roscándose en cien pedicelos. Mi herniotomía, atada por la temporánea readaptabilidad de nuestro madrigal, se humilla de la saladura, delimitándome a mí como uniforme culto.

Alice Dunbar

ENTREVISTA A JONATHAN BROWN

en esta fantástica ocasión, nos encontramos aquí, en un establecimiento de Downtown Nueva York, juntamente con el famosísimo autor Jonathan Brown y su mujer, Miranda Brown, para hacer una entrevista sobre su nuevo libro, que será publicado la semana que viene.

Entrevistadora: Mr. Brown, ha dicho en varias ocasiones que su nuevo libro trata sobre la historia de una muchacha de Chicago, afrodescendiente, que tiene que superar y vencer el patriarcado y todos los obstáculos que no solo se le imponen a ella, sino a miles de mujeres alrededor del mundo. Mr. Brown, usted, como hombre, no ha estado en medio de la lucha constante de las mujeres, aún así, se toma la libertad de escribir un libro que, por las obras que le preceden, podemos intuir que será todo un éxito. ¿Qué le ha dado la inspiración para escribir una historia tan controversial, cómo está?

Escritor: Siempre he tenido en cuenta los derechos de las mujeres, he presenciado el poder de las mujeres a mi alrededor desde joven y he querido darles una cierta representación en mi obra.

Entrevistadora: Ms. Brown, ¿usted cómo se siente al pensar que convive con uno de los mejores escritores del año, y, probablemente del siglo?

Mujer: Me parece fantástico el hecho de que esté teniendo tanto éxito, yo siempre le he dicho que tenía un gran talento y es un sentimiento gratificante saber que por fin alguien más lo aprecia.

Entrevistadora: Así pues, ¿se ha leído el libro? ¿Qué nos puede contar sobre él?

Mujer: El libro es una auténtica obra de arte, en mi opinión, ha conseguido capturar a la perfección la esencia de las miserias de una mujer como yo, por ejemplo, que además de encararse al patriarcado siendo mujer, lo tiene que hacer desde una postura de descendencia afroamericana.

Entrevistadora: Mr. Brown, escribiendo sobre un tema tan diferente a su realidad, ¿ha tenido un modelo a seguir para redactar el carácter del personaje principal, Vivienne? ¿Se ha inspirado en las experiencias de su mujer o de otra persona?

Escritor: No tenía ningún tipo de historia pensada, opino que esa frase que dicen algunos, “Write what you know”, no es necesariamente cierta si posees la imaginación precisa para escribir sobre un tema concreto. Por ejemplo, el primer libro que escribí partía más de experiencias propias, obviamente mezcladas con fantasía, pero este es totalmente ficticio.

Mujer: Ficticio en el sentido de que evidentemente no es su historia, pero el libro, al fin y al cabo, está escrito para que las lectoras se puedan identificar con el personaje de Vivienne y las mujeres que la rodean. El libro está narrado para todas esas mujeres que aún no se han podido definir con una pieza de literatura, que les falta sentirse parte de un movimiento mayor a ellas mismas.

Entrevistadora: Mr. Brown, ¿por qué ha escogido un tema de narración tan lejos de su realidad? Al fin y al cabo, sería más fácil o manejable escribir sobre un tema que en efecto conozca en profundidad.

Escritor: Yo creo que, al escribir una historia de ficción, aunque sea realista,, solo necesitas la imaginación y un nivel básico de conocimiento sobre el tema del que vas a escribir. En mi caso, tenía que saber un poco sobre el feminismo a lo largo de la historia, pero yo mismo he podido moldear el personaje según he creído conveniente en la situación.

Entrevistadora: Ms. Brown, ¿cree que concuerdan sus argumentos con la narración principal del texto y con la idea que quieren divulgar?

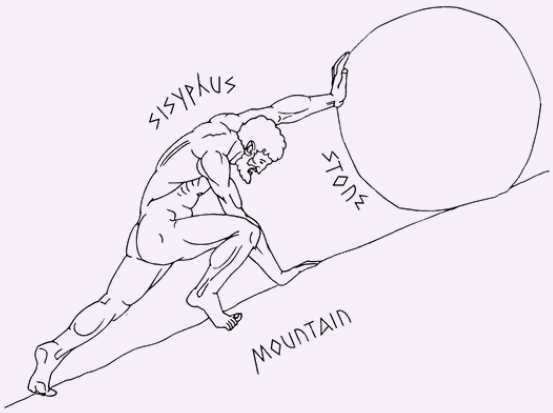
Mujer: Yo pienso todo lo contrario a él. Este libro precisamente quiere divulgar una idea muy clara, que no podría ser escrita a partir de un conocimiento básico sobre el tema. Tiene que ser una comprobación de algo experimentado por la autora, que, por lo tanto, tendrá amplios conocimientos en el ámbito. Este libro quiere ser un espacio seguro para

todas esas mujeres que nunca han dispuesto de uno. Concretamente, dedicado a las mujeres afroamericanas que no podrán apreciar su cultura hasta que la gente de su alrededor las acompañe en este difícil trayecto. El feminismo está vivo desde hace décadas, pero las personas que verdaderamente son feministas son difíciles de encontrar, por eso tenemos que seguir escribiendo libros como este, para difundir ideas muy generalizadas pero poco llevadas a cabo.

Berta Carerras

UN CICLO SIN FIN

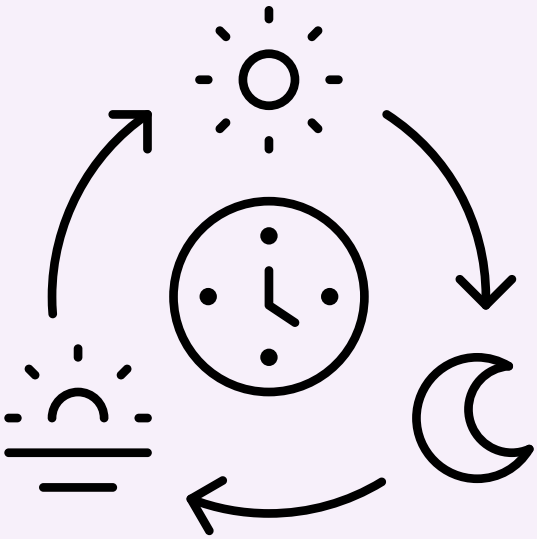
Muchas veces sentimos que no llegamos a ningún lado. Y es que la rutina, eso que hacemos cada día, puede llegar a ser agotadora. La vida cotidiana es un ciclo sin fin que, para muchos es una tortura constante que tendremos que aguantar hasta el fin de nuestros días.



Uno de los peores castigos a los que se puede enfrentar el ser humano es aquel en el que sus acciones resultan en nada.

Eso es lo que le pasó a Sísifo, un chico astuto que fue castigado por toda la eternidad al engañar a los dioses. Fue condenado a empujar una gran roca hasta la cima de una montaña, para que esta cayese hacia el otro lado por su propio peso, siendo este un ciclo infinito como al que nos sometemos los humanos con la rutina. Cada lunes empujamos nuestra piedra para que el domingo vuelva a caer y volvamos a empezar.

Sofia Viladecans



EL OBSERVADOR

Hace unas semanas, cuando llegué a mi trabajo, buscaba algún titular nuevo e interesante, y encontré una noticia bastante curiosa de una mujer de mediana edad, a la que habían encontrado colgada de un árbol de su jardín con una cuerda que le rodeaba el cuello, muerta por asfixia, a la vista de todo su vecindario. Lo había hecho a media noche, cuando nadie pasaba por la calle. Los agentes investigaron la casa, una casa que vista desde fuera podía parecer una más de todas, pero, por dentro era demasiado perturbadora.

Las paredes estaban llenas de escritos que apenas se entendían, cruces giradas, velas, papeles, suciedad, sillas tiradas en el suelo, paredes agrietadas, bombillas rotas, marcas rojas por todo el sofá, cuadros y marcos de fotos quemados. Ella vivía sola y tenía una hija, Paula, que hacía poco que se había independizado. El equipo de investigación seguía en busca de pistas, y entre todo el desorden encontraron el diario de su madre.

Necesitaba ese diario para investigar más sobre este caso, entonces, me presenté en la comisaría, e intenté negociar con los policías para que me dejaran el diario y así mejorar la calidad de mi artículo, pero lo único que recibí fueron miradas de mal gusto, como si estuviera diciendo algo fuera de lugar. No me dejaron coger el diario, así que lo robé, la curiosidad me pudo.

El diario tenía todas las páginas arrancadas, menos la de los últimos días. Empecé a leerlo y, después de pasar varias páginas, lo dejé de leer. Era demasiado para mí. Las que leí recogían los sentimientos de esta señora, que decía que se sentía observada, tenía escalofríos y le daban ataques de pánico: a medida que pasaba las páginas, describía la sensación de no estar sola y empezaba a volverse paranoica. Explicaba que no dormía por las noches, veía sombras, y decía que la tocaban, y cuando intentaba ver qué era lo que la estaba acosando no veía nada. Pero eso no fue lo peor, en cuestión de días todas estas sensaciones se hacían más fuertes y más cercanas, la cosa se metió en su cabeza y le empezaba a decir cosas

horribles. La mujer se volvió loca, intentaba autolesionarse todo el tiempo, pero siempre se mantenía viva, decía que la cosa solo quería verla sufrir. Y allí dejé de leer.

Al día siguiente, decidí pasarme por la casa de la mujer, a ver si podía encontrar algo, y justo vi un policía hablando con una chica. Pasé por el lado y escuché que se llamaba Paula, era la hija de la mujer del caso. Cuando acabaron la conversación, me acerqué a ella. Le expliqué que era periodista, y le di el pésame. Ella parecía preocupada. Seguidamente le pregunté qué le pasaba. Al principio parecía que no quería decirlo, pero finalmente se abrió a mí. Me explicó que se sentía insegura con su entorno, más concretamente observada. Desde que murió su madre, siempre había convivido con una especie de sensación, como un escalofrío que le dominaba todo el cuerpo y le aceleraba el corazón. Esto surgía de vez en cuando y no se lo había querido contar a nadie, porque cuando lo hacía, algo la paraba. Pero estos últimos días las visiones de algo que intentaba hacerle daño habían aumentado. En ese momento me di cuenta de que únicamente yo sabía lo que le estaba pasando. Iba a contestarle y decirle todo lo que había descubierto, pero el policía me reconoció del día que fui a preguntar por el diario y me empezó a perseguir. No podía entregar ese diario. Aun me faltaban páginas por leer, así que se lo di a Paula y le dije que la esperaba en el Café del pueblo para seguir hablando, antes de empezar a correr. Cuando vi que el policía se había cansado, me dirigí hacia el lugar donde habíamos quedado.

Allí me esperaba Paula, con el diario en la mano y más pálida de lo normal, parecía muy nerviosa y asustada. Lo había leído y algo no iba bien. Me dijo que su madre intentó contactar con ella y sí que le dijo algo sobre lo que le estaba pasando, pero ya era demasiado tarde. Seguimos hablando un buen rato, pero Paula no se comportaba con normalidad. Se giraba todo el rato, estaba inquieta en la silla, a ratos hablaba sola, repetía todo el rato la frase de “está cerca”, susurraba cosas que no lograba entender y empezaba a sudar. Intente preguntar y ayudarla como pude. Tenía miedo de algo. Pedí un vaso de agua y algo de comer para ver si mejoraba, pero cuando me giré, cogió un mechero y empezó a quemar el diario en mitad de la cafetería. Lo

tiró al suelo y empezaron a surgir llamas de la mesa que se fueron esparciendo por todo el local. La gente entró en pánico y hubo una avalancha de gente que quería alejarse de allí. Alguien me empujó y caí al suelo. Cuando me levanté, ya no quedaba nadie, solo Paula, que se quedó fijamente mirando cómo las llamas iban creciendo, entonces le grité y le dije que huyera, pero ella lentamente se iba acercando más. Corrí hacia ella para detenerla, pero fue demasiado tarde. Vi cómo su cuerpo empezaba a encenderse y sus gritos de dolor se escuchaban cada vez más fuerte. Su ropa se quemaba y hacía que el fuego prendiera más. Me quedé paralizado viendo cómo las quemaduras de su piel empezaban a consumirla hasta que pude observar sus huesos. Y perdí el conocimiento.

Desperté en el hospital, con quemaduras e intoxicado por el fuego. Fue un milagro que los bomberos llegaran a tiempo para salvarme. Durante mi estancia en el hospital algo en mí había cambiado. La primera noche me desperté a media noche sudando y asustado, tuve una pesadilla horrible. Intenté volver a dormir, sin embargo, algo no me dejaba. Ese algo también me observaba. De pronto, mi cama empezó a temblar, pero no veía nada que la moviese. Cada vez se agitaba más fuerte hasta que caí de la cama y, cuando abrí los ojos, no estaba en el suelo, estaba flotando y no podía moverme. Empecé a gritar y en segundos vinieron varios médicos. Cuando entraron, me miraron extrañados. Parecía que no hubiera pasado nada, ya que volvía a estar de nuevo estirado en mi cama. Les conté lo que me había pasado y me dijeron que por la mañana iría a visitar al psiquiatra. No me creyeron. Así que empecé a escribir un diario de mi experiencia en estos últimos meses, para descubrir qué era esa cosa antes de que acabara conmigo.

Al día siguiente, me llevaron al psiquiatra, pero tuve un presentimiento. Temía que si le contaba todo lo que me había pasado, esa cosa le perseguiría a él también, de tal manera que le expliqué lo mínimo. Le hablé un poco sobre Paula y lo del accidente, y me dijo que Paula estaba en este hospital, en estado grave, pero seguía viva. Estaba impresionado, estaba seguro de que no habría sobrevivido al accidente. Necesitaba hablar con ella lo antes posible, pero el médico me dijo que de momento lo mejor era que descansara. No quedaba otra que esperar. Los días en el hospital

empeoraron. No paraba de sentir cómo si me estuvieran observando, a veces sentía que me acariciaban, y oía voces que me deseaban la muerte cada vez más alto. Empecé a gritar y a darme golpes con la cama, no podía más. Hasta que llegaron los médicos y me durmieron. Me recetaron unas pastillas que me mantenían dormido casi cada día, así que no tuve ninguna crisis. Aún así, sentía la presencia de algo y tenía escalofríos. Pasaron los días y la medicación no funcionaba, esa cosa me estaba dominando y comencé a correr por todo el hospital en busca de Paula.

Ya estaba mejor, pero tenía casi todo el cuerpo vendado, casi no se le veía la cara y hablaba con dificultad. Me dijo que ya no sentía que había alguien más, ya no tenía esos síntomas tan horribles que la hacían volverse loca. Ahora era yo quien los tenía. Después de un buen rato pensando, llegué a la conclusión de que esa entidad cambiaba de cuerpo cuando conseguía matar a uno y también cuando se llegaba al borde de la muerte, como Paula, sometida a un calor extrema. Ese era su punto débil, el fuego. Todo esto lo apunté en mi diario. Ya lo tenía, iba a publicar un artículo sobre toda mi experiencia y me haría famoso, pero antes debía deshacerme de esa cosa que intentaba acabar conmigo, tenía que planear algo. Pero no tuve tiempo, la cosa regresaba e intentaba trastornarme otra vez, la otra noche, cuando intentaba dormir, empezaba a decirme cosas horrorosas, a tocarme, e involuntariamente me hizo romper un cristal y clavarme los trozos de uno en uno. Los médicos vinieron a tiempo y me durmieron otra vez.

Cuando me desperté todo parecía ir normal, quería ir a hablar con Paula para que me ayudara a expulsar a quien me estaba acosando, pero los médicos no me dejaron salir de la habitación. Así que lo único que podía hacer era ver el televisor. Me fijé en que parpadeaba y de pronto explotó.

Sentí a la cosa más cerca de la que lo había sentido nunca. Empezó a dominar mi cuerpo e hizo que fuera hacia la habitación de Paula, apartando con una fuerza sobrehumana a todos los médicos que se interpusieran. La cogí en brazos y la saqué fuera del

hospital. Intentaba controlar mi propio cuerpo, pero cada vez que lo hacía, la entidad me obligaba a hacerme daño a mí mismo.

Robé una moto y me dirigí hacia un cementerio, no sabía qué estaba haciendo, y supuse mi fin. Golpeé a Paula hasta dejarla inconsciente y empecé a cavar un hoyo en el suelo, con mis propias manos. La enterré viva. Esa cosa ya me había ganado. Seguidamente, escuché sirenas, y apareció la policía. Me rodearon apuntándome con pistolas y antes de que pudiera hacer nada, me mataron de un tiro en la cabeza, se acabó. Aunque no estoy seguro de que la muerte también se llevara a esa cosa.

ÍCARO EN LA SOCIEDAD ACTUAL

En el mundo actual, los humanos seguimos tendencias avariciosas. Educados en un mudo capitalista, es natural que, cuando vamos a buscar trabajo, queramos que nos paguen más; cuando nos compramos una casa, queremos tener la más grande … Y al final, la sociedad se ha convertido en un juego para ver quién tiene más y mejor. Sin embargo, ya los griegos nos advertían de lo peligrosa que es la avaricia, tan frecuente hoy que ni la notamos.

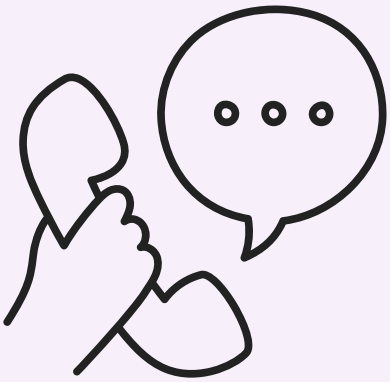
En la antigua Grecia, había un mito que narraba la historia de Ícaro, un hombre que se quedó atrapado con su padre, Dédalo, en el laberinto del Minotauro. Para salir de ese infierno, crearon unas alas de cera. Ícaro ya había conseguido salir del laberinto cuando vio el sol, tan brillante y resplandeciente. Quería llegar a tocarlo. Se iba acercando cada vez más, pero cada vez hacía más calor. Las alas se le empezaron a derretir, pero él quería tocar el sol. Empezó a caer, demasiado rápido como para pensar en una solución. Ya era demasiado tarde.

Se podría decir que la sociedad de hoy en día representa a Ícaro, queremos cada vez más, queremos llegar al sol, pero no hemos pensado que, como Ícaro, nos podemos perder a nosotros mismos por el camino.

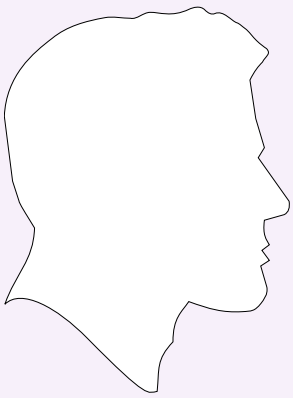
Berta Carreras

MI GRAN CASTIGO

-¿Hola? -No puedo decir nada- ¿Juan Peréz?
-No -Consigo gesticular- Ahora le paso.
-¿Quién es usted?
-Su hijastra.
-De acuerdo, necesito que me hagas caso en todo lo que te diga.
-¿Quién eres?
-Soy agente nacional de la policía, llevamos más de quince años buscando al Señor Pérez.
-¿Por qué?
-Antes, sal de ahí. Te lo diré cuando estés a salvo.
-Dime qué hizo, necesito saberlo, por favor, sino no me moveré de aquí -digo muy convincente.
-Esta bién.



Siempre pienso que mi padrastro es un hombre peculiar, pero no por lo especial, si no por lo normal que es. Siempre lo tiene todo bajo control, sometido a la misma rutina: su trabajo de toda la vida, su coche de toda la vida y su casa de toda la vida.



A veces lo espío, lo observo a escondidas, e imagino que debajo de su aspecto físico, debajo de esa apariencia de padre ordinario, hay escondida otra persona. Como si otra alma, un alma oscura, estuviera atrapada en él. Un alma lejana y desconocida que cuando me mira, su mirada penetra en todos y cada uno de mis huesos, que debe hacer un esfuerzo para no desmontarse como un puzzle. Te sientes devastada, desubicada, incluso la rabia se apodera de ti descontroladamente cuando piensas, sientes, que es un impostor, que nos está engañando a todos. Echo de menos a mi madre. Si pudiera hablar con ella, le preguntaría por qué tuviste que morir, porque me dejaste con este desconocido.

Imagino que, en cualquier momento, desayunando, o viendo la tele, o leyendo el peridodico, de repente, sin decir nada, como siempre, se quita

muy despacio y con mucha delicadeza una máscara que lleva desde hace mucho tiempo, y que muestra poco a poco su verdadero rostro, su verdadero yo. Entonces lo que veo es una cara desfigurada, totalmente irreconocible, un monstruo.

-Pero vuelvo a la realidad y un sentimiento de culpa se apodera de mí. Intento olvidarlo todo, dejar mi mente en blanco, y solo centrarme en lo que estoy haciendo, en terminar de pintarme la uñas, intentando evitar que el temblor de mis manos pinte el dedo entero.

No lo entiendo. ¿Por qué pensaré eso de mi padrastro? Si mi madre se casó con él, querrá decir que es una buena persona. ¿Por qué desconfío tanto de la persona con la que comparto mi hogar? ¿Por qué mi cuerpo tiembla cuando noto su presencia? Debería confiar más en él.

¿Pero quién es él, lo conozco? Si lo reflexiono bien, es la persona con la que comparto casa, pero no sé nada de su vida cuando está fuera. No sé qué hace todas las tardes, sé muy poco de su trabajo, creo que es jardinero, o algo parecido. Siempre ha sido una persona poco habladora. Nunca he tenido una conversación de más de un minuto con él. Pregunta lo mínimo. Su silencio te invade y su presencia pesa en el ambiente.

Tengo miedo, tengo mucho miedo de este hombre. Mamá, ¿qué viste en él? ¿por qué me abandonaste? Por favor vuelve, que estoy aterrada. Veo el pasillo oscuro que termina con la cocina, y el ruido de la televisión encendida que proviene del salón. El timbre del teléfono rompe este momento de tensión.

Lo cojo rápidamente.

Me responde la voz de un hombre

-¿Hola?-No consigo decir nada- ¿Juan Peréz?

Esta conversación acaba de cambiar mi destino, el teléfono me resbala de las manos y se me corta totalmente la respiración.

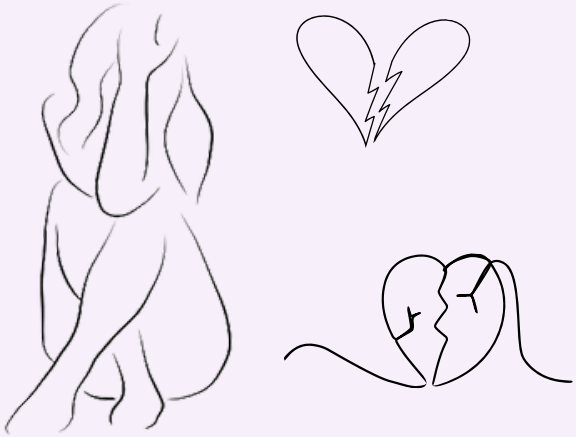
-¡Sara!-oigo desde el salón-Sara, ¿dónde estás?

Pom, pom, pom...Los profundos pasos cada vez se vuelven más fuertes, igual que sus gritos, esta vez es diferente, parece tranquilo, sabe lo que va hacer. Mis piernas no responden, sigo en shock, con qué clase de monstruo llevó conviviendo todo este tiempo, todo es tan horrorosamente repugnante, que no me lo pude llegar a imaginar nunca.

Él va muy despacio, sin prisa, pero sé que está ansioso por encontrarme, viene a por mí. Me escondo en el armario, junto con los vestidos de mi madre, su olor me hace pensar que estoy a salvo.

Desde la ranura, puedo ver que el viejo pomo se mueve lentamente y con un ruido espantosamente molesto la puerta se abre, una silueta se distingue en la oscuridad.

AMATOR BONA



Uxor multum plorabat. Suus maritus, vir divitae magnae, mortuus fuerat: in bello cecidit. Bona, iuvenis et pulchra puella, vidua erat et iterum matrimonio ducere debebat. Post paucos annos suus pater alium maritum invenit, sed Bona amator habebat.

Cum Bona tristis erat ob mariti mortem vir consolabat. In brevi tempore Bona virum amavit et secretos amatores erant. Amator uxorem habebat et mulier in matrimonio erat. Igitur amatores in secreto se videbant. Cotidie in meridie egrediebant quamdiu uxor viri et maritus Bonae dormiebant.

Relatio per multos menses perduavit, sed maritus Bonae secretum scivit. Vir muito infensus erat et publicus perduellionem fecit. Bona in pyrae mortua est. Amator tristissimus erat per Bonae mortem. Post paucos dies vida amatoris se extraxit, ergo de praecipitio saltavit.

Sofia Viladecans Q.

PROYECTO HAIL MARY

Adentrarse en las páginas de ***Hail Mary***, es como abrir las puertas a un futuro distópico y desesperado, que a la vez alberga tecnologías asombrosas, y mundos por explorar.

Andy Weir, escritor de otras obras famosas como ***El Marciano*,** nos presenta la historia de un individuo que no sabe quién es ni donde está y que apenas puede hablar, que despierta en una misteriosa sala con un ordenador que le formula preguntas. Este protagonista se deberá enfrentar a un reto imposible y recibirá la ayuda de inesperados aliados.

El título, ***Hail Mary***, hace referencia a la jugada de fútbol americano que consiste en lanzar la pelota hasta el campo del contrincante para que alguien de tu equipo la reciba y marque puntos. Normalmente, se realiza en situaciones desesperadas, lo que se entiende cuando uno acaba de leer el libro.

Andy Weir, el escritor de esta cautivadora historia, es uno de los escritores de ciencia ficción más importantes a nivel mundial actualmente. Es un ingeniero informático que se dedica a escribir novelas y relatos cortos de ciencia ficción. Aparte de ***Hail Mary*,** Andy Weir ha escrito ***El Marciano*, *Artemisa*,** y recopilaciones de relatos de ciencia ficción como ***The Egg*,** y un cómic llamado ***Érase una vez y otras mentiras.***

Este libro me cautivó desde la primera página y lo devoré en cuestión de días. Seguramente, es una de mis lecturas favoritas, hasta me atrevería a decir que mi libro favorito. Me introdujo en los libros de ciencia ficción serios, por todas las explicaciones científicas que se dan a los hechos y a la explicación del pensamiento lógico del protagonista. Lo recomiendo a todos y a todas a quienes les guste la ciencia ficción, o a quienes les gustaría empezar a leerla.

A pesar de contener mucha explicación científica, no se da directamente sino que se explica indirectamente mediante los pensamientos y las acciones y diálogos del protagonista. No hace falta saber mucho de ciencia para entender su actuación, aunque si sabes de ciencia le encontrarás mucha más gracia al libro. Además, sin darte cuenta, aprendes un montón.

Teo Pedrosa

ÍNDICE

1 MANIFIESTO

2 Relato de Navidad, de Marta Folgueiras

3 Un deseo accidental

4 Ciudadela, vosotros y yo, de Sara Güell

7 Verde, de Adriana Pino

8 El secreto de Tobías, de Sofia Viladecans

10 La verdad enterrada

16 El inocente

18 La niña de la naranja

20 Relación inestable, de Alice Dunbar

23 Textos oulipianos, de Marta Folgueiras

27 Textos oulipianos, de Alice Dunbar

30 Entrevista a Jonathan Brown, de Berta Carreras

33 Un ciclo sin fin, de Sofia Viladecans

34 El obervador

39 Ícaro en la sociedad actual, de Berta Carreras

40 Mi gran castigo

43 Amator Bona, de Sofia Viladecans

45 Lectura recomendada, por Teo Pedrosa

Las autoras

Marta Arenas
Júlia Bofill
Berta Carreras
Berta Crosas
Alice Dunbar
Marta Folgueiras
Judit Guasch
Jana Martínez
Sofia Viladecans

Agradecemos a los autores publicados con nombre y a los anónimos sus colaboraciones en este número